

EL VALOR DE CAMBIAR

Oscar Arias Sánchez
Ex Presidente de la República de Costa Rica
Premio Nobel de la Paz 1987
Cámara de Comercio de Maracaibo
Universidad Rafael Urdaneta, Venezuela

Amigas y amigos:

Es para mí un enorme placer encontrarme hoy entre ustedes. Les agradezco profundamente la oportunidad de hacerme partícipe del lanzamiento de la campaña “Programa de Valores”, organizada por la Cámara de Comercio de Maracaibo, junto con una serie de organizaciones sociales y políticas cuyos representantes también nos acompañan y a quienes saludo. Para ustedes, queridas amigas y amigos marabinos, mi más sincero agradecimiento por permitirme compartir unas palabras de amistad en esta noche.

La vida, como muchos de ustedes habrán concluido frente a un hermoso atardecer en una playa venezolana, o junto a una buena taza de café, es una competencia entre nuestros propósitos y nuestras distracciones, entre los sueños que perseguimos y los espejismos que nos alejan de ellos. Muy a menudo, sentimos que el mundo conspira para apartarnos de las cosas que amamos, y nosotros también conspiramos, cada vez que olvidamos las emociones que descansan en las fibras más profundas de nuestro espíritu.

Es así que, angustiado por los trajines de la oficina, un padre pasa por alto el momento en que su hijo aprende a leer las primeras frases de un libro de cuentos. Que preocupada por conservar su belleza física, una mujer olvida el sencillo placer de dormir la siesta en una tarde de lluvia. Que impaciente por alcanzar la fama o la gloria, un joven renuncia a la tarea de cocinar para sus amigos un sábado por la noche. Y así se nos va la vida, sacrificando lo más importante en la pira de lo intrascendente.

Ilustrando esa idea, eso es exactamente lo que le sucede al Conde Almaviva en la maravillosa ópera de Mozart, quien después de haber pasado indecibles penurias para conquistar el corazón de Rosina, olvida el amor que siente por ella, y se enreda en una compleja trama de seducciones, celos y engaños. En el momento climático de la obra, al final del último acto, los personajes principales se reúnen en el escenario a ver el momento en que el Conde se percata de su error, y pide perdón en una escena que aún hoy nos conmueve más allá de las palabras. Los personajes de Las Bodas de Fígaro son un coro que guía los pasos del Conde, de vuelta hacia la senda de su propio corazón. Fígaro, Susana, la Condesa, Bartolo, todos están ahí para recordarle dónde reside su amor; cuál es el propósito de su vida; y cuáles son apenas distracciones y vanidades.

Al igual que el Conde de Almaviva, al cumplir 117 años de haber sido fundada, la Cámara de Comercio de Maracaibo desea recordar qué es lo verdaderamente importante para los habitantes de Maracaibo: los valores que se esconden en el centro de su corazón, los miedos que se deben desterrar y las actitudes que se deben recuperar. El “Programa de Valores” que hoy inauguramos en este recinto académico es un recordatorio de que Venezuela es mucho más que las disputas que a diario dividen a sus habitantes. Que es mucho más que los egoísmos que impulsan a algunos a cultivar odios y rencores.



Algunos dirán que este acto de inauguración es intrascendente. Que lo que importa es lo que vayamos a hacer después de hoy. Pero lo cierto es que tan importante es el inicio como el desarrollo de cualquier campaña o programa de acción. En la antigua Roma, una inauguración consistía en la ceremonia a partir de la cual los augurios, un tipo de sacerdotes, obtenían la sanción de los dioses para alguna decisión adoptada por los seres humanos. En el acto ceremonial, los augurios formulaban una oración, solicitando que los dioses manifestaran su aquiescencia a través de signos y presagios. Uno de los signos más benevolentes era el vuelo de las aves, cuyos trazos se seguían en el cielo. Cada uno de ustedes ha venido hasta aquí como ave migratoria, pero no en busca de calor y alimento, sino en busca de valores y principios. Su vuelo es el magnífico presagio que hemos divisado en el firmamento, y que vaticina para Venezuela días de esperanza.

Sé que esta campaña sobre valores que hoy se inicia no es una mera ocurrencia. En la actualidad, todo ser humano se encuentra inmerso en difíciles encrucijadas. Tanto en América Latina como en el Medio Oriente. La nuestra es una era tan absoluta como relativa, tan apegada a cánones como desprovista de ellos. Exactamente como lo describió Charles Dickens al inicio de su novela *Historia de dos ciudades*, retratando los años que antecedieron a la Revolución Francesa: *“Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos, era la era de la sabiduría, era la era de la insensatez, era la época de la creencia, era la época de la incredulidad, era la primavera de la esperanza, era el invierno de la desesperación”*.

Estos no son los albores de una revolución como aquella, pero queremos que sean los albores de nuestra propia revolución. Una que no se valga de las armas, sino de las ideas; que no apele a la fuerza, sino a la moral. La nuestra es una época propicia para un cambio radical, una época en que la humanidad puede despojarse de sus más anquilosadas vestiduras, y nacer joven y nueva. Las vetustas costumbres no están aseguradas a perpetuidad.

No está asegurada la guerra, aunque algunos la crean consustancial a la especie humana, ni está asegurada la violencia, aunque algunos no puedan vivir sin ella. No está asegurado el odio, aunque casi todo el mundo lo sienta, ni está asegurada la discriminación, aunque casi todos hayamos discriminado o sido discriminados, en algún momento de nuestras vidas. Si queremos verdaderamente forjar una nueva humanidad, basada en los valores, entonces nos toca preguntarnos ¿cuáles de nuestros males son inevitables? Yo les aseguro que, con excepción de la muerte natural, casi ninguno de nuestros sufrimientos es forzoso. Casi ninguno de nuestros dolores es inexorable. Esto quiere decir que tenemos la responsabilidad de garantizar que nuestra especie no sufra aquellos males que no tiene por qué sufrir.

Ahora bien, no basta con que queramos un mundo o una ciudad mejor. Hay que actuar, y eso es algo que el programa que hoy lanzamos tiene muy claro. Si nuestro tiempo es, como dijera Dickens, *“la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación”*, entonces tendremos que aprovechar estas estaciones del año para alcanzar el cambio. Para ello, les propongo acometer tres tareas urgentes: desterrar el invierno de la corrupción, atravesar el invierno de los peligros para la democracia, y fomentar la primavera de la ética.

Empecemos por desterrar el invierno de la corrupción. En el diagnóstico sobre los males de América Latina hay un lugar especial para la corrupción. En cualquier intento por darle a nuestro futuro una meta y un sentido, deben figurar la lucha por la

transparencia, la veracidad y la credibilidad de quienes dirigen la vida política y económica. La corrupción no consiste únicamente en utilizar el poder político para el enriquecimiento personal no legítimo. La corrupción es mucho más que la colusión entre servidores públicos y empresarios, o entre servidores públicos y delincuentes, para sacar ventajas ilegales o moralmente cuestionables. Hay otras vertientes de la corrupción que no están expuestas a la sanción legal y no siempre, ni en todos los lugares, se someten al escrutinio de la opinión pública. Hay corrupción en la renuncia de los gobernantes y de los dirigentes políticos a ejercer la función educativa que les corresponde en una democracia. El doble lenguaje; el decir a los gobernados sólo lo que estos quieren oír; el no llamar, por mero cálculo electoral, las cosas por su nombre, son prácticas que corrompen y degradan a los individuos, a las sociedades y al sistema democrático.

Es también corrupción interpretar que una carrera política es exitosa sólo si siempre se ganan las elecciones, aunque para ello haya que ocultar la verdad, o reservarla para el momento electoralmente oportuno sin que importen las consecuencias del ocultamiento. Es corrupto olvidar que la participación en la política o en el gobierno exige preparación, desprendimiento, voluntad de servir a los demás y congruencia entre lo que se predica y lo que se practica, entre la palabra y la acción. Hay corrupción en el político o el gobernante que confunde sus intereses personales con los intereses del Estado y de la comunidad. Hay corrupción cuando los gobernantes y la clase política utilizan el reparto de privilegios y canonjías para despojar a los partidos políticos, así como a otras organizaciones civiles, de sus principios éticos y de su fortaleza intelectual.

Un reto básico para los latinoamericanos es restituirle a la democracia la capacidad de descubrir y erradicar todos los matices de la corrupción. Tenemos por delante la tarea de educarnos mutuamente para no olvidar que no sólo los gobernantes electos practican o propician la corrupción. También puede ser responsable de corrupción el elector que, por indiferencia o por cinismo, eleva al poder al político corrupto o evidentemente corruptible. Corresponde al elector buscar en el eventual gobernante honradez, aptitud, capacidad, veracidad y respeto por esos valores. Porque quien carece de los valores correctos y ambiciona el poder, estará siempre dispuesto a pervertir los instrumentos de la democracia con tal de alcanzarlo. La demagogia, que suele nutrirse de ofrecimientos incumplibles y de verdades a medias, acaba por corromper a las multitudes. Y quien se corrompe en el aturdimiento multitudinario, corre el riesgo de ser irreflexivo en la intimidad del recinto electoral.

No todas las democracias destruidas fueron sepultadas por los golpistas o los insurrectos. También fueron sepultadas por votantes. El sufragio es un derecho, pero muchos ciudadanos olvidan la obligación de ejercerlo con responsabilidad. Este no es un problema particular de la democracia latinoamericana. En las elecciones parlamentarias celebradas en marzo de 1933 en la patria de Beethoven, de Goethe y de Thomas Mann, el Partido Nacionalsocialista obtuvo legítimamente una aplastante mayoría. Así quedó abierto el acceso de Hitler al poder absoluto, el más corrupto de los poderes.

Con esta advertencia, veamos el invierno de los peligros por los que atraviesa la democracia. Hoy la palabra "democracia" forma parte del lenguaje común de miles de millones de personas alrededor del mundo. Y, casi sin excepción, esa palabra representa lo que es bueno, lo que es justo, lo que es esperanzador. Al señalar sus debilidades y criticar su disfuncionalidad la fortalecemos. Es esta la intención que nos inspira. Cosa distinta

ocurre con quienes no creen en ella, con quienes la usan como disfraz mientras añoran el momento para destruirla.

Pero yo no soy del criterio de que las cosas buenas permanecerán por inercia, como algunas personas ingenuamente piensan. Siempre he creído que los tesoros se conservan únicamente si se les cuida. De que en la política vale más criticar un defecto que callarlo. Para cuidar la democracia no sólo se requiere de participación ciudadana y libertades individuales, de elecciones libres y desarrollo humano, sino también de reflexión, pensamiento y autocrítica. Se requiere, sobre todo, de un permanente llamado a la racionalidad y a la cordura. La democracia depende tanto de lo que hagamos como de lo que dejemos de hacer. Como bien lo resume un reconocido académico en la materia: *“democracy will not persist by default”*; *“la democracia no persistirá por omisión”*.

La democracia no es idiosincrática. En Francia, en Chile o en la India, democracia quiere decir un núcleo básico de instituciones, derechos y deberes, que permiten la expansión de las libertades fundamentales y el disfrute de mayores niveles de desarrollo. Pero a pesar de esos lugares comunes que definen la democracia, hay particularidades sobre las que debemos estar alertas: ¿por qué las democracias escandinavas son más desarrolladas?, ¿están algunas democracias de la región amenazadas por el autoritarismo?, ¿podrán los pueblos del Medio Oriente terminar con sus tiranías?

Una de las grandes falacias políticas en América Latina y en muchas otras partes del mundo, consiste en vender la idea de que cada lugar puede desarrollar una democracia específica o un sistema de libertades particular. Muy a menudo, esas justificaciones no son más que disfraces para ocultar una vocación opresiva. Yo estoy plenamente convencido de que las reglas democráticas son universales y que los países son más o menos democráticos, dependiendo de cuánto se acercan o cuánto se alejan de ese sistema que esbozaron los griegos, que perfeccionaron los estadounidenses, que sofisticaron los nórdicos y que hoy intentamos impulsar, con mayor o menor éxito, tantos países de la Tierra.

Para ponerlo en términos sencillos, muchos argumentan que el juego se juega diferente en todas partes, tan sólo para cometer *fouls* sin recibir tarjeta roja. A pesar de que nuestros pueblos vencieron valientemente las dictaduras que marcaron con sangre la segunda mitad del siglo XX, aún queda mucho camino por recorrer si la democracia ha de echar raíces profundas en la región. Los latinoamericanos a veces somos como un grupo de niños haciendo castillos de arena al borde del mar. Construimos maravillas mientras la marea está baja, y con orgullo infantil admiramos la obra realizada. Pero al venir la pleamar, vemos desaparecer lo que construimos, y una vez más lloramos la pérdida de nuestra libertad, de nuestra legalidad o de nuestra paz.

Los hechos ocurridos en la República de Honduras hace ya más de año y medio, junto con las noticias diarias en la región sobre la carrera armamentista y el crimen organizado, resucitan los fantasmas de la pobreza y la violencia, y nos hacen sentir que viene ya la ola a destruir de nuevo el castillo de la democracia latinoamericana. Es doloroso admitirlo, pero en algunas naciones de nuestra región la fuerza sigue teniendo más poder que la razón, las armas todavía deciden sobre cuestiones que pueden ser dilucidadas mediante el diálogo, y el hambre de muchos continúa siendo motivo de indignación y frustración. En nuestro continente, aún hay naciones donde ningún logro parece ser definitivo.

El poder democrático es siempre un poder limitado. Por definición, un gobernante demócrata tiene oposición política, es controlado por los medios de comunicación, recibe críticas por parte de grupos de presión, es supervisado por el Poder Legislativo y el Poder Judicial, tiene un periodo fijado para ejercer sus funciones, tiene un marco legal definido en el que debe operar, y se encuentra siempre sujeto al escrutinio ciudadano y a la evaluación pública de su gestión. Éstas son las reglas incuestionables del poder democrático, y cualquiera que pretenda saltarlas incurre en vicios autoritarios, aunque haya sido elegido por el pueblo.

Algunos gobiernos latinoamericanos han caído en la trampa de creer que al recibir el apoyo electoral, el mandato del pueblo les permite modificar esas reglas para llevar adelante su proyecto político. Entonces, si la Constitución se interpone en su camino, la cambian. Si el Poder Judicial objeta sus decisiones, nombran nuevos jueces y magistrados. Si los medios de comunicación cuestionan sus comportamientos, los cierran. Si sus adversarios políticos se pronuncian, los amenazan. Y si su periodo no les alcanza, lo prorrogan. Tengamos mucho cuidado. Las elecciones son una parte esencial del proceso democrático, pero no son el proceso democrático. Si un gobernante coarta las garantías individuales, si limita la libertad de expresión, y si restringe injustificadamente la libertad de comercio, subvierte las bases de la democracia que lo hizo llegar al poder.

El dilema que esto presenta, y que aún no hemos logrado resolver, es cómo lidiar con democracias en donde los gobernantes se comportan autoritariamente, pero no son dictaduras. Porque, en honor a la verdad, en América Latina sólo existe una dictadura: la dictadura cubana. Los demás regímenes, nos guste o no, son democracias en mayor o menor grado de consolidación o deterioro. La única vía para restarle poder a quienes lo han concentrado luego de recibir el apoyo popular, es minando ese apoyo popular con educación cívica, con oportunidades, con ideas y con valores. Los pueblos mismos deben aprender a apartar los espejismos de la demagogia y del populismo, porque el problema no son los falsos Mesías, sino los pueblos que acuden con palmas a celebrar su llegada. De nada le sirve a América Latina deshacerse de líderes con delirios autoritarios, tan sólo para ser sustituidos por nuevas estrellas del teatro político.

La tercera tarea que quería mencionarles, está estrictamente ligada con la anterior: tenemos que optar por la primavera de una nueva ética. No una ética a la espera de ser inventada, pues sus bases están implícitas en las ideas políticas, filosóficas y religiosas que impregnan nuestra historia. Las que apenas fueron propugnadas y las que se impusieron. Las que figuran en los frontispicios de parlamentos, palacios de gobierno, iglesias y universidades, y las que fueron escritas en catacumbas, ergástulas y destierros.

Jesús, Platón, Moisés, Mahoma, Buda, los anónimos gestores del Popol Vuh, Santo Tomás, Rousseau, Locke, Kant, Adam Smith y Marx. Los padres de la Revolución Americana, nuestros Bolívar, San Martín, José Cecilio Del Valle, Florencio del Castillo, Sarmiento, Juárez y Martí. En el siglo pasado Gandhi, Churchill, Keynes, Martin Luther King, Hayek, Karl Popper, Isaiah Berlin, y la Madre Teresa de Calcuta, son tan solo algunos integrantes del nutrido contingente de espíritus que hemos acogido en el santoral latinoamericano de las ideas.

La ética que América Latina se debe a sí misma integra, desde *el buen gobierno de la ciudad* de Platón, pasando por el *no matarás* de Moisés, por el *amaos los unos a los otros* de Jesús, por el *no respondáis con la violencia* de Gandhi, hasta el *todos somos iguales* de Mandela

y de Menchú. La ética que América Latina se debe a sí misma puede encarnar todo eso porque en nuestro continente han confluído, como en ningún otro, las razas, las lenguas, las religiones, las virtudes, los defectos, las alegrías y las penas de todo el planeta. Esa ética está construida con valores consagrados en todas las épocas y en todos los lugares del mundo. Puede resumirse en la práctica de la solidaridad, la tolerancia y el respeto a la vida, a la dignidad y a la libertad humana; puede ser también la base de una racionalidad solidaria y humana.

Pero la racionalidad que nos corresponde aplicar a partir de ahora nada tiene que ver con el dogmatismo, oportunista en apariencia pero en el fondo hipócrita, que con tanta frecuencia ha servido sólo para desatar en nuestros pueblos los demonios de la frustración. La Revolución Francesa vino a nuestra América pobre a instalar el bonapartismo en el poder y la ilustración en la cárcel. Sólo de los dientes para afuera nuestras oligarquías tomaron nota, en los días de la Independencia, del espíritu libertario de la Revolución Americana. Antes, la cruz se había transfigurado en hacha para cercenar las culturas precolombinas. El rosario prefiguraba las cadenas de millones de esclavos, al tiempo que la generosidad igualitaria del Nuevo Testamento se empolvaba en las bibliotecas arzobispaes.

Más tarde, el conocimiento y la técnica nos depararon modernas bases militares y flotas de guerra en la vecindad de escuelas y universidades menesterosas. Confundimos el nacionalismo con la consolidación de nuestras identidades nacionales y permitimos que, con la falsa moneda de la soberanía, caudillos y oligarcas compraran el derecho a eternizar la barbarie y la explotación. Nos acostumbramos a dar el nombre de “revolución” a las asonadas de generales analfabetos y conservamos de la Inquisición la costumbre de llamar conversos a los infieles esclavizados y a los quemados en la hoguera. Y todo ello ocurría en la América de Sor Juana Inés de la Cruz, de Andrés Bello, de José Martí, de Rubén Darío, de Miguel Angel Asturias, de Pablo Neruda, de Octavio Paz y de Jorge Luis Borges.

La racionalidad de que hablo está exenta de manuales y de cartillas ideológicas. Se basa en un aserto compatible con todas las grandes creencias: que la ética, además de practicable, debe ser eficiente. Mi argumento es que la justicia, la vida digna, la seguridad de las personas y la libertad misma tienen un costo material, pero también uno ético que debemos aprender cómo reducir. La eficiencia económica por sí sola no puede ser la mejor asignación de los recursos para transformar la naturaleza en riqueza. La eficiencia económica debe incluir, además, la orientación ética: la búsqueda de la justicia, de la vida digna, de la seguridad de las personas y, sobre todo, de la libertad misma.

Amigas y amigos de Maracaibo:

He dicho que vinimos aquí en busca de valores y principios, y lo he dicho porque ninguna de las acciones que les he propuesto podrá realizarse sin un cambio de actitud, un cambio que debe provenir de un serio replanteamiento moral. Venezuela tiene que tener el valor de cambiar, tiene que alcanzar los valores correctos, porque aunque el relativismo axiológico nos libra de absolutismos e imposiciones, también puede hacernos indiferentes. Toda gran transformación debe ir precedida de algunos postulados éticos irrenunciables.

El gran escritor norteamericano, Ralph Waldo Emerson, dijo en una ocasión que *“toda revolución es primero una idea en la mente de un solo individuo, y cuando la misma idea se le*

ocurre a otro individuo, he ahí la clave de una era". Estamos aquí reunidos, y cada uno de nosotros tiene en su mente la misma idea: que la estación del dolor pase para siempre, que la estación del odio se vaya y nunca vuelva. Con la ayuda de todos ustedes, y con la alianza entre todas las organizaciones alrededor de esta campaña sobre valores, la estación de la esperanza y la estación de la democracia serán, para todos los venezolanos, su alegre comarca.

Yo les aseguro que si nos alejamos del invierno de la corrupción, si superamos los peligros de la democracia, si fomentamos la primavera de la ética, los venezolanos serán capaces de dar el grito de la verdadera revolución que desde hace varios años aguarda resonar en su pecho; serán capaces, como el Conde de Almaviva, de guiar sus pasos de vuelta hacia la senda de su propio corazón; serán capaces de mirar los buenos presagios en el cielo y de disfrutar las estaciones bajo el sol.

Muchas gracias y muchos éxitos al Programa de Valores.